



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES) MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 2

Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

Unidad de Memoria y Patrimonio Cultural

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

2018



Óscar Atehortúa Ríos, silletero de todos los oficios

Por: Sonia Milena Pineda Rodríguez.

*Historiadora, investigadora
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia*

Introducción

Ser silletero de vocación es conocer todos los oficios que integran la identidad silleterera; o porque esa persona los ha practicado en algún momento, o porque ha estado tan cerca de ellos que éstos lograron calar en la cotidianidad hasta definir su estilo de vida. Aunque hablar de silletas en Medellín represente todavía artefactos o esculturas de flores cargadas por los campesinos de Santa Elena, cada día, esos campesinos han levantado más su voz y su presencia para que todos los significados que acompañan su historia, memorias y formas de vida sean valorados en su justa medida. En éstos, la apropiación del territorio de Santa Elena se vislumbra como un horizonte de posibilidades que permitió el conocimiento y la especialización en múltiples actividades que han sido, a lo largo del tiempo, las que sustentan el ser silletero.

En medio de ese ramillete de opciones don Óscar Atehortúa Ríos es un ser excepcional, pues él sólo parece reunir las todas. Por supuesto que ha sido floricultor y comerciante de flores; y por supuesto que para ello ha debido sembrar sus jardines y llevarlos -a silleta y con cargador de cabuya- hasta las plazas y cementerios de Medellín para venderlos. También ha creado obras artísticas integradas a su silleta tradicional para desfilas en la Feria de las Flores de Medellín, y al tiempo ha portado la indumentaria campesina hecha de cotizas, sombrero y carriel, con la cual se refuerza, para los silleteros y para el público que los disfruta, lo que se ha considerado una parte importante de la identidad del “paisa”.

Pero ha sido más, y algunos dirán entonces que ha sido *más silletero*. Desde hace veinte años es un agricultor dedicado a los productos orgánicos, lo cual le ha permitido diversificar con

hortalizas que antes no hacían parte de la alimentación cotidiana de los campesinos del territorio (lechugas, remolachas, brócolis, coliflores, etc.). Así mismo, conoce de primera mano todo el proceso de cosecha y elaboración de la cabuya y aprendió a hacer cargadores tejidos a mano. En su niñez y juventud recogió leña para uso doméstico y ayudó a elaborar el carbón vegetal que surtía las fábricas de jabones y pólvora en Medellín. La recolección de tierra de capote y de musgo le permitió tener algunos excedentes de dinero, en especial en diciembre, la única época en la que conseguía estrenar ropa y zapatos. En cuanto a la vivienda, si bien no construyó una casa completa de tapia, conoció de cerca esta técnica gracias a sus antecesores, y tuvo el coraje de cargar los ladrillos y el cemento por largos trayectos para construir su vivienda en Santa Elena. Finalmente, es un músico empírico consagrado que compone melodías sencillas inspiradas en su territorio, que le canta, además, a la naturaleza y al amor.

En estos tiempos, urgidos de memorias que sirvan para conectar a los individuos con sus lugares físicos y emocionales, y con las historias que los preceden, es un privilegio recoger la semblanza de don Óscar Atehortúa Ríos a través de su voz. A continuación, una síntesis de su relato para *Raíces, Cultura Sillettera*; y una invitación para ver el video construido en torno a su rutina diaria, además de escuchar, si se desea, las entrevistas completas en la página web <http://raíces.patrimoniomedellin.gov.co>

I

La infancia

...de admirar, de admirar. Yo a veces me pongo con los hermanos míos a mirar y a recuperar lo que hacían nuestros papás, y entre nosotros somos nueve hermanos, y entre los nueve, no hacíamos lo que hacía papá y mamá. ¡Eh... que pareja tan pareja; ¡oiga!

Don Óscar Atehortúa Ríos considera que su vida se la debe a dos cosas: a la herencia de sus padres y al territorio. De su madre y de su padre habla con emoción, y recuerda con frecuencia que, gracias a ellos, aprendió lo necesario para vivir. Fueron no sólo la fuente del cariño y el sustento, sino también unas personas íntegras que a punta de trabajo incansable lograron sacar adelante a su familia y les enseñaron a sus hijos a trabajar. Ángeles Ríos Llanos y Luis Elías Atehortúa Patiño provenían de Guarne, del sector conocido como La Mosca; su núcleo familiar lo conformaron en la vereda El Cerro de Santa Elena con sus nueve hijos, de mayor a menor: Luis Enrique, María Teresa, Óscar, Juan Rafael, María Oliva, Jorge Iván, María Inés, Juvenal y Amparo.

La casa donde creció la familia fue elaborada en tapia por don Luis Elías, a quien Óscar también recuerda como tapiador, además de ejercer otros oficios. Con el tiempo don Elías le agregó a la casa material de adobe y tejas de barro. Don Óscar recuerda la casa paterna así:

La casa apenas tenía dos piecitas y sala, y cocina y corredor al lado y lado. En una pieza estaba papá y mamá y las mujeres, y nosotros los hombres todos en otra piecita aparte, todos. [...] como cuatro o cinco en una camita, porque ya eran las piecitas

pequeñitas. Ahí dormíamos, casi el uno sobre el otro, pero ahí dormíamos, y en esteras [...] dormíamos bueno y ¿cómo era?; el piso era de madera, no era muy frío pues, era bueno, era bueno y era muy cerradita la casa, muy cerradita, pero era muy buena ventilación, pero en el día, en la noche se cerraba muy bien, se dejaban bien cerradas las puertas y ventanas.

El ingenio de su padre se materializaba en lo recursivo que era al diseñar soluciones domésticas mobiliarias. Por ejemplo, cuando iba a nacer alguno de los hijos, él ya tenía preparada una cuna de madera que colgaba como un columpio; y así hacía con todo. En una época en la que el consumismo no era tan exacerbado, las soluciones a las necesidades se inventaban con las manos, fabricando cosas con los recursos de la naturaleza o con lo que se tuviera al alcance. No sobra decir que así mismo los campesinos de Santa Elena se inventaron la silleta de flores: lo que en un principio fue una silla amarrada con cargador de cabuya para transportar personas por caminos escabrosos, mutaría en un cajón de madera que, con algunos ajustes, serviría para transportar las flores sin que se maltrataran sus tallos.

Así pues, antes de la llegada de cada hermano menor, don Luis Elías ya tenía preparada la cuna para recibirlo; y de paso, toda la familia se preparaba para el ritual de los cuarenta días, el lapso que duraba la *dieta* materna además de los preámbulos para conocer al nuevo pariente. El primer momento importante era llamar a la partera. Cuando la hora del nacimiento llegaba, doña Susana (don Óscar no recordó su apellido), de la vereda El Plan, era quien se encargaba de todo lo referido al parto. En los recuerdos de don Óscar nunca ha estado haber ido a un hospital a ver nacer alguno de sus hermanos, todos nacieron en la casa de sus padres con la misma “ciencia”. Tras el parto, seguían cuarenta días de encierro: la madre y el recién nacido se quedaban en una habitación a la que sólo podían acceder una empleada -que por esos días ayudaba en los cuidados de la casa- y el padre, quien sólo estaba

autorizado para entrar en ciertos momentos del día. El bebé era envuelto en mantas “como un cigarrillo”, tan quieto y protegido que a don Óscar se le ocurre este símil al tiempo que recuerda las palabras de su madre cuando le decía a él y a sus hermanos: “no me lo coja porque lo quiebra”. Don Óscar lo relata así:

Óscar de Jesús: la mamá se quedaba en la pieza, cerrada, pero muy cerrada, muy cerrada, cuarenta días, comiendo gallina y comiendo sabroso. Como para eso había una señora, buscaban una empleada que la atendiera, que no entraba sino la empleada a hacer el aseo y a llevarle comida a la mamá. De resto nosotros no, hasta los cuarenta días no sabíamos quién era la mamá y ni el hijo, y el hermano también, menos, menos el hermano, hasta los cuarenta días, pero sagradamente. Eso era una ley, antes que no se podía salir, que porque, no sé qué era lo que pasaba, pero no se podía ni ventear ni salir, todo lo hacía era en la pieza ahí y la empleada le hacía los... el aseo a la pieza, de todo ¿cierto?, pero normalmente eso era una ley.

Entrevistadora: ¿ni el esposo podía entrar?

Óscar de Jesús: no, el esposo si podía entrar, pero muy poquito, por ahí como a asomarse, ah listo, ¿qué necesita? y va saliendo.

Entrevistadora: y a los cuarenta días, ahí sí a conocer al hermanito.

Óscar de Jesús: ahí sí abrían la puerta y salía ella con el niño, ah muy bonito, todo el mundo queriéndolo ver, claro y ella más robustica, claro, porque cuarenta días descansando, salía muy bien, salía muy bien, sinceramente. Y ya de nuevo comienza la vida.

Entrevistadora: comienza la vida otra vez.

Óscar de Jesús: y ya papá, por ejemplo, tenía una cunita pequeñita, una cuna de madera, aquí colgada pues como un columpio, y ya lo acostaban ahí para mecerlo ahí.

Entrevistadora: al bebé.

Óscar de Jesús: a mecer solamente al bebé, porque mi papá era muy curioso, no sé de dónde sacó esa capacidad él y tenía una cunita para el niño, y bueno, pero, especialmente para él.

Entrevistadora: sí, pero él mismo la hizo.

Óscar de Jesús: ahí para qué, él mismo la hizo, para que durmiera ahí, solamente se inventó él eso, no sé cómo, no sé cómo. Y bueno, ya seguía, ya seguía el niño, cuando iba creciendo y uno quería cargarlo, dizque —“no me lo coja porque lo quiebra”—, dizque lo quebraba y en ese tiempo a los niños los envolvían en una cosa, pero les amarraban las manitos así, pues derecho, quedaban como un cigarrillo envuelto, cigarrillo, bien envuelticos, bien amarraditos con las manos, así bien todo.

La infancia que recuerda don Óscar está llena de dos cosas que hoy son menos frecuentes y menos probables en la vida de los niños: juegos y trabajo. El componente lúdico es una constante al pensar en la infancia; pero el trabajo, que los niños trabajen, es algo que está sancionado por la sociedad que considera que esto no es apropiado para ellos y en cambio señala que deben estudiar, prepararse para el futuro. Sin embargo, don Óscar habla de una época “cuando no era obligatorio estudiar”, de esta manera:

Papá decía, por ejemplo, “no, mijo, es que uno para echar aquí azadón y cargar leche, no necesita estudiar más, para que más”. Ya, y cuando eso no había, no era esa obligación que había que enseñar a los hijos, ya no, primero no, eso sí quiso estudiar bueno, si no bueno, no es obligado. Ni es obligación, ni era. Pues de ninguno de los dos, ni del niño estudiar ni del papá obligarlo. Ya no. En cambio, ahora sí.

Es preciso resaltar que cuando don Óscar habla de trabajar desde la infancia utiliza un término que califica esa situación como algo “normal”. Era “normal” que los niños ayudaran a sus padres en las labores de la huerta; también era “normal” que recogieran la leña para la cocción de los alimentos; y era así mismo “normal” que los acompañaran en sus viajes a Medellín a comercializar flores u otros productos en las plazas de mercado de la ciudad. Lo raro, lo que “no era normal”, era que los niños de Santa Elena siguieran estudiando después de segundo de primaria; o que se quedaran jugando todo el día mientras sus padres trabajan en la casa o en la huerta. Él dice, por ejemplo: “y bueno, fui criado aquí desde pequeño, y pues, en ese tiempo no había mucha escuela, estudié hasta segundo de primaria y ya: a la huerta, normal”. Para los niños del territorio de Santa Elena, y seguramente para muchos niños campesinos nacidos antes de los años setenta y ochenta del siglo XX, pero incluso para quienes hacen parte de generaciones más recientes, crecer en el campo ha significado combinar el trabajo con el juego, pues en su cotidianidad esas han sido las dos actividades centrales en este contexto. A veces, incluso, hacían las dos cosas al tiempo: adentrarse en el bosque para buscar la leña era la oportunidad de hacer travesuras, o ir a arrear unos terneros podía resultar más eficiente si se arrastraba una ruedita de alambre que los obligaba a acelerar el paso para no perderla. Así lo recordó don Óscar:

Óscar de Jesús: Esa ruedita, esa ruedita viene en el alambre de púa y había en ese tiempo como una canasta y uno abría la ruedita y quedaba, la redondeaba bien redondeadita y con un ganchito la enganchaba uno y eso era un, era un lujo [...] para rodar, para rodar, pero había que trotar, porque eso no es para..., había que trotar.

Entrevistador: y ¿cómo la echaban a rodar?

Óscar de Jesús: pues con el ganchito, eso era un ganchito que se enredaba en la cosita ahí; eso no se salía de ahí, la ruedita la cargaba uno normal como cargar un platico y para la escuela. Aquí también en la casa la usábamos mucho. Y cuando —“vaya por los terneros”—; —“me voy a llevar la ruedita”—; —“si váyase con la ruedita mijo”— Que con la ruedita aquí va corriendo, porque la ruedita no da para ir despacio, sino va trotando. —“Váyase con, váyase mijo, váyase tranquilo con la ruedita ahí, váyase”—, uno iba y venía más ligero, la ruedita no daba para avanzar caminando, sino había que ir trotando para que la ruedita ruede.

Don Óscar también recordó que, en ocasiones, él y sus hermanos se ofrecían voluntariamente para recoger leña en el monte cuando en realidad lo hacían para aprovechar y comer a escondidas el azúcar o los plátanos maduros que habían hurtado de la cocina.

Don Óscar le atribuye en su caso y en el de su generación, que el campo todavía “no se haya acabado a que desde niños hubieran trabajado en éste, y que a partir del juego y del acompañamiento de los padres hubieran aprendido múltiples labores agropecuarias que les permitieron sobrevivir más adelante,”. Es decir, él cree que, gracias a eso, crecieron jóvenes campesinos que siguieron la tradición de sus padres y que han sido quienes en el tiempo han mantenido las actividades campesinas a pesar de lo poco rentables que resultan dentro del sistema económico actual. Pero junto con esto reconoce, como se verá más adelante, que las labores del campo están en alto riesgo de desaparición, pues asegura que no hay garantías laborales ni respaldo suficiente para los campesinos y hay muy poca transmisión de estos oficios que, según él resultan difíciles de aprender cuando las personas están adultas y ya se han dado cuenta de otras opciones laborales mejores.

Ahora bien, trabajando y jugando transcurrieron la infancia de don Óscar y las de sus hermanos, tanto de hombres como mujeres. La distribución de roles y oficios en la casa hizo

que en muchas ocasiones no se diferenciara el género al realizar algunas actividades; es decir, tanto mujeres como hombres estaban en la huerta y en el proceso de comercialización de los productos, o en la elaboración de cabuya. Las mujeres, sin embargo, como en la mayoría de contextos patriarcales, tenían funciones específicas en la casa, entre las que sobresalen por lo menos, dos actividades: la cocina y la costura. Al respecto, don Óscar evoca a su madre:

[...] costurera, hacía la ropa para nosotros, hacía las colchas, mi mamá también hacía muchas cosas. Mi mamá hacía las cobijas de retazos, porque a mi mamá como era costurera le daban muchos retazos que sobraban por ahí y ella hacía... cortaba eso en cuadritos en cuadritos, esquineaditos y hacían unas colchas lo más de hermosas, eso quedaba de todos los colores, eso quedaba muy bonito y le encargaban también a mi mamá porque —“haceme una colchita de esas, yo te la pago”—.

Al traer a la memoria a su mamá y esa labor de costurera, don Óscar la recuerda como había una persona encargada del mantenimiento de la ropa, que remendaba las prendas de la familia hasta lograr incluso que algunas de ellas duraran varias generaciones y fueran heredadas por los hijos menores. Para los campesinos de Santa Elena, y en general para los del resto del país, el acceso a la ropa nueva era algo bien difícil, su capacidad adquisitiva era mínima con respecto a los costos; aún hoy sigue presentándose estas dificultades en muchas zonas del país. Quizás por eso mismo, era bien visto usar la ropa “trabajada”, esta era la ropa desgastada, que por su uso hubiera tenido que ser remendada varias veces. A quienes usaban la ropa muy limpia o nueva, don Óscar los recuerda como los “pinchaditos”, referenciando a hijos melindrosos de familias pudientes que no tenían que trabajar para sobrevivir:

Ahora ya no, ya la ropa que ya esté fea la botan, pero era remendada hasta el último, hasta el último, es decir, que ya no tenía más que hacer, pero remendada. Los pantalones, no se sabía si eran negros o eran rojos o eran amarillos, no se sabía eso; y como se usaban remiendos, un pantalón de cualquier color no se sabía qué era, y era normal, era normal. [...] Antes el que no usaba dizque ropa remendada —“¡je, ve este pinchadito consiguí, ve, consiguí, no!”-. Sí, el que se veía sin ropita remendada se veía mal. Se veía mal, sinceramente. Para ir a trabajar sin ropa remendada, no mijo. Decía —“¿para dónde va este cachaquito?”— porque uno tenía que ir remendado y sucio porque era la... esa era como... si no lo veían sucio y remendadito: “este no va a servir, este no sirve” [...] “¡sí! está muy pinchadito, está como muy pichón de rico para que sepa; muy pichón de rico”.

Pero eso, ¡oiga! eso era tan bueno hombre que uno no se echaba a ver nada si iba roto, sucio, no, ¡ja..!, antes si estaba bien tiznado y bien sucio “el tipo se ve que trabaja”. En cambio, si lo ven muy limpiecito muy peinadito: —“no, éste no”—. Mi papá le decía: “no, éste no, éste se ve que no sirve para el campo” era normal, normal. Y un orgullo, para uno chiquito dizque —“ay tan pinchadito, dizque el patrón, dizque el peón”— y se iba uno con el papá y se enterraba todo eso para que lo vieran que había trabajado, si eso era como, no sé, eso era un orgullo, era un orgullo; y el azadoncito chiquitico y el machete pequeñito, todo para él...

En ese ir y venir entre los juegos y el trabajo, los espacios exclusivos de diversión y de lúdica no eran pocos. Don Óscar recordó juegos tradicionales que sirven para completar esas memorias infantiles que transcurrían entre la casa materna y los trabajos del campo. El primero de ellos fue el juego de las cometas:

Las cometas las hacíamos nosotros mismos, cada uno la hacía, a nadie se le compraba nada, cada uno hacia una cometa, de periódicos o, con periódicos o papel de... papel de qué... cómo se llamaría eso, hombre, cualquier papel, o papel periódico pero en pedacitos o pliego, pliego de papel de globo, ¿cierto? papel de globo que llamábamos; y lo arreglábamos, la hacíamos de guadua o de maguey; maguey es cuando, la cabuya, cuando florece la cabuya echa un maguey, y lo rajábamos en tajaditas, porque la guadua no se conseguía, esta guadua no existía, la guadua pues rajada en astillitas, y por ahí se miraba, que fuera livianita para poder elevar eso, más que todo la caña de maíz o la de maguey [...] la cometa tiene una colita ¿cierto?, entonces como no encontrábamos qué ponerle más nos tocaba, una vez le tocó a un hermano mío más joven, le tocó ponerle el cinturón de la hermana mía de... el cinturón se lo puso dizque de cola a la cometa y se le quedó enredado en un palo por allá alto y qué problema después para alcanzarlo, porque se quedó en un palo, en el cogollo de un árbol, allá se quedó la cometa, con el cinturón [...] para cogerla, sí, casi no se alcanza, papá tuvo que poner una escalera para cogerla, estaba muy alta, y después era prohibido usar los cinturones de las muchachas para las colas de las cometas. Ya hacíamos una cabuya y le poníamos ramitas a eso, para que la cometa se elevara, había que ponerle cola de todas maneras, si no había nos inventábamos alguna cosa, pero no nos varábamos, nunca nos varábamos.

También recordó sus juegos con el trompo de madera que se conseguía en Medellín y que podía significar el objeto máspreciado para un niño, hasta el punto de tenerlo siempre listo dentro de los bolsillos, para hacerlo girar en cualquier momento. Así mismo, evoca los juegos

con canicas de cristal y con corozos; los que incluían pelotas hechas con trapos; las carreras libres de velocidad, los zancos, la ruedita de gallo enunciada antes; el *mataculín* y la *vara de premio*, una vara larga de madera que untaban con jabón para hacerla más resbaladiza, y en cuya punta colocaban un premio que los niños más hábiles lograban alcanzar.



Fotografía: árbol Visual, 2018.

II

Los oficios

Los diferentes oficios ejercidos por don Óscar fueron aprendidos en el seno familiar. Ya se referenció cómo desde niño se lo involucraba en tareas agropecuarias, en la recolección de leña y en el acompañamiento a sus padres durante la comercialización de los productos. En la medida en que iba creciendo, las responsabilidades y ocupaciones se hacían más complejas, pero como característica central de la identidad silletera, se destaca que el aprendizaje o la puesta en marcha de tales oficios y ocupaciones sucedían en familia. Aunque se podría hacer un recuento de cada oficio y de las situaciones que revelan la importancia del núcleo familiar para su transmisión, vale la pena mencionar dos casos recordados por don Óscar. El primer oficio, central en la cultura silletera, era ser floricultor y comercializador de flores. Como músico que también es, don Óscar relata cómo iniciaron sus padres con el cultivo de flores “a capela”, es decir sin utilizar invernaderos.



Fotografía: árbol Visual, 2018.

Después comenta cómo aprendió los itinerarios del oficio acompañando a su papá en las labores de comercialización:

Óscar de Jesús: mis abuelos no empacaban flores, en ese tiempo no eran flores, es que ni siquiera jardín, a los abuelos no les tocó nada de flores, de flores nada. Era sólo lo del carbón y la leña.¹

Entrevistadora: sí, pero al papá ahí sí ya le tocó las flores.

Óscar de Jesús: a mi papá si le tocó las flores.

Entrevistadora: y usted se acuerda él ¿cómo empezó con el tema de las flores?, o ¿por qué empezó?, ¿qué lo motivó?

Óscar de Jesús: pues vea, estuvo mucho, andaba muchas fincas, en muchas fincas,...pues como haciendo casas, pues, mi papá hacía de todo, entonces lo invitaban a muchas cosas, entonces él iba viendo los jardines y traía maticas; mi mamá era muy curiosa, todas las maticas que traía él las sembraba y tenía una mano prodigiosa, eso le prendía todo. Hasta que montó jardincito y ya con eso comenzó dizque a vender, a vender y ya fueron llevando, fueron llevando para Medellín, así maticas y florecitas y a lo último se volvió que era una renta de las mejores. De las mejores, mejor dicho, nunca más vivimos tan bueno como cuando las flores, nunca más vivimos tan bueno.

Entrevistadora: ¿qué flores vendían?

¹ En la época de los abuelos de don Óscar, que se ubica en las primeras décadas del siglo XX, los pobladores de Santa Elea se dedicaban en su mayoría a la extracción de leña y producción de carbón vegetal para vender en Medellín. Podría decirse que ellos se contaban entre los principales proveedores de combustible en una época en la que la energía eléctrica no se había masificado. Este oficio es recordado en múltiples ocasiones como el antecesor del transporte de flores, y por lo tanto está en los orígenes de la cultura silletero. En el proyecto Raíces se hizo la reconstrucción de las memorias de este oficio.

Óscar de Jesús: no pues, una variedad, se volvió una variedad que, le digo pues que había más de treinta variedades de flores, naturales, pues de aquí de la región, pero eran así “a capela”, al aire libre, no era en invernadero, no había, no había tampoco eso. Y pues se vivía de las flores divinamente bien, divinamente bien, vivíamos muy bueno. Mi papá tenía mucha variedad de flores, él cultivaba, él sembraba todo, todo lo que traía por allá de lejos, una matica, le quedaba ahí y le prendía y ya eso se volvía una flor nueva.

Entrevistadora: una variedad nueva.

Óscar de Jesús: una variedad nueva, tuvo mucha, mucha flor, variedad, y él mismo ya después iba vendiendo, o le compraban, bueno, o cambiaban ¿cierto? Hacían trueques también con flores. Se volvió una cosa pues que era muy bonito sinceramente, era muy bonito, volver a esa época sería una maravilla.

Entrevistadora: y ¿a usted le tocó bajar con él?

Óscar de Jesús: claro, desde muy pequeñito, desde muy pequeñito.

Entrevistadora: ¿desde qué edad le tocó bajar con él por allá?

Óscar de Jesús: para que conociera dizque las movidas de él, no sé porque me mostraba, —“camine, camine, para que me acompañe”— a los demás no los invitaba. Nosotros estábamos más pequeños y Enrique como siempre salía mucho por ahí para esas cosas de cursos y cosas por ahí, lo invitaban mucho para esas cosas y entonces me llevaba era a mí. Entonces yo por eso me aprendí todos los rodajes de él y los clientes, todo, todo, normal, desde muy pequeñito.

Para involucrar a los hijos con las flores, don Óscar cuenta que su padre desde que ellos estaban pequeños, les encargaba el mantenimiento de parte del cultivo; luego de vender en Medellín las flores producidas, le daba a cada hijo el dinero que le correspondía.

Óscar de Jesús: mi papá era el que manejaba todo eso, entonces nos llevaba las flores desde muy pequeños, nos llevaba, —“tantos ramitos tiene usted, veinte o treinta”— apuntaba y después nos traía la *platica*, y entonces ya, así seguí yo con mi papá. Ahí si ya me llevó ya, sabía cómo vendía, y dónde vendía, y dónde mercaba y pues todas las vueltas que había que hacer; que cuando eso era muy seguro la ciudad, cuando eso podía estar un niño en Medellín y normal, eso no pasaba nada, normal, normal, eso no tenía ningún problema, antes lo protegían, sí, antes lo cuidaba la gente, no lo dejaba que le pasara nada, en ese momento no había ningún peligro para los niños, nada, nada, era muy seguro. Y seguí con la tradición y sí, hasta que aprendí todos los rodajes de mi papá, los aprendí todos.

Entrevistadora: ¿dónde tenía clientes?

Óscar de Jesús: en la Plaza de Flórez tenía muchos clientes porque él llevaba muchas flores de distintas clases, para una floristería llevaba unas flores de distintas clases, la flor grande. Para los pensamientos, la flor pequeña, las llevaba a don Efraín que era el administrador de la plaza de Guayaquil, él fue el que fundó el desfile de silletteros, ¿cierto?, don Efraín², él le compraba los pensamientos, las pascuitas, el botón de oro, pero flor cortica, más que todo flor cortica, esa la compraba él toda, él le compraba. Y el del mercado si me acuerdo, el señor se llamaba Marquitos, un viejito más

² Aunque no se cuenta con una versión definitiva y única de cuál fue el primer desfile de silletteros, en la memoria oral y en algunos registros periodísticos circulan con mucha fuerza dos versiones, que incluso a veces se cruzan en una sola: por un lado para muchos silletteros el primer desfile fue organizado por don Efraín Botero, administrador de la Plaza de Cisneros en una fecha difícil de precisar; por otro lado, el primer desfile habría sido organizado por la Oficina de Fomento y Turismo de Medellín en el marco del Festival de las Flores (hoy en día Feria de las Flores) en 1957.

formalito, más querido que, mejor dicho, no; entonces me sentaba en los bultos de maíz por allá arriba para que no estorbara, pues, mientras que mi papá hacía otras vueltas por allá en El Centro, me sentaba por allá en unos bultos para que no estorbara ahí con la silletica ahí ya a punto casi para salir y ya, pero sí, Marquitos se llamaba, era un personaje, maravilloso.

El segundo caso que sirve para ejemplificar la importancia de la familia en la transmisión de los oficios es el de la extracción de la cabuya y su procesamiento a través del carrizo; de la historia narrada por don Óscar llama la atención que fuera cuando se rezaba El Rosario (oración realizada por muchas familias antioqueñas al final del día) cuando se torcía la cabuya:

Óscar de Jesús: el carrizo es un palo, un palo de macana muy fino, eso tiene que ser un palo muy fino, con dos...por detrás de la, así como por detrás de éste, digamos un ejemplo, una cosa que se vea plancha por ahí o... hay una tablita ahí, me hace el favor y me la pasa...cualquiera, cualquiera, esa, esa. El carrizo es un, es un palo completo ¿cierto?, le hace una rajada aquí en la punta de arriba, un palo redondo, pues, un palo redondo que uno pueda abarcarlo con las manos, como un cabo de azadón, mejor dicho, y se abre y le pone por acá dos zunchos como de...dos zunchos, cualquier zuncho por el lado de atrás. Entonces el carrizo se mete por aquí y la...el coso se mete por aquí, el cordón de la cabuya, el cordón. Se raja en pedacitos, se mete por aquí y se aprieta aquí y se hala, entonces, el bagazo queda aquí por detrás, sale la cabuya, va saliendo solita aquí atrás y se la va llevando esto, hasta que la cabuya sale limpiecita. Es un trabajo duro, duro, duro. Difícil, porque es que el bagazo come, se come las manos, el fique se come las manos, las rompe.

Entrevistadora: y ¿no se ponían nada para protegerse ni nada?

Óscar de Jesús: no había guantes, es... no se usaba nada, eso era a mano.

SM: ni un trapo ni nada.

Óscar de Jesús: eso era a mano, a mano pelada.

Entrevistadora: y entonces el papá hacía eso.

Óscar de Jesús: Sacaba carrizo para hacer... como él hacía cargadores.

Entrevistadora: ¿él hacía cargadores?

Óscar de Jesús: cargadores, el cargador, y sacaba, pues él mismo tenía la cabuya, sacaba la cabuya, pues la organizaba y hacía los cargadores. Pues torcíamos la cabuya, la torcíamos.

Entrevistadora: ¿cómo se organiza la cabuya?, ¿cuál es todo el proceso, la sacaban en carrizo?

Óscar de Jesús: si la sacada, bien sacada por lado y lado, secarla bien, lavarla bien y secarla bien, sacudirla que no quede con mucha basura, que quede más pulpita, así como está esa, esa que está allá colgada, esa blanca, que quede así, como eso.

Entrevistadora: y ya después ¿qué sigue?

Óscar de Jesús: y ya, a sacar el *cajito*, menudito para torcerla aquí en la pierna, eso era lo que hacíamos cuando estábamos rezando: a torcer cabuya, a torcer cabuya, y tuerza cabuya y rece y tuerza, porque necesitábamos hacer por ahí... ¡Hombre! que a mi papá le encargaban —“necesito hacer cinco cargadores para esta semana hay que torcer cabuya”—. En la noche cuando esté lloviendo, a torcer cabuya, pero no se perdía tiempo, aquí no se perdía tiempo. De ninguna manera. Y aprendimos a eso, yo aprendí a hacer eso, el cargador si lo podía hacer.

Entrevistadora: ¿sí? o sea que por la noche torcían cabuya.

Óscar de Jesús: todo el mundo.

Entrevistadora: ¿A qué hora rezaban?

Óscar de Jesús: a las siete, seis y media a siete.

Entrevistadora: y ¿ese era El Rosario?

Óscar de Jesús: sí ese era El Rosario. En pleno Rosario era mi mamá rezando y nosotros torciendo cabuya. Mi mamá llevaba la contabilidad pues del Rosario y nosotros torciendo cabuya.

Entrevistadora: y ya después ¿cómo tejían?

Óscar de Jesús: ah después, ya eso, mi papá tenía un armario de esos, como especie de que... de telar, de telar, y él hacía la... él ponía la cabuya, la ponía y la hilaba y después... eso era un trabajo hermoso, un trabajo lindo, pero eso se acabó, totalmente se acabó.

Ahora bien, aunque se dedicó más a ella como pasatiempo que como oficio, fue en la familia donde don Óscar aprendió a ser músico. Su padre sí parece haber sido un músico de oficio que era contratado para amenizar las fiestas decembrinas y otros momentos festivos o religiosos de Santa Elena. Don Óscar en cambio, lo adoptó como uno de sus pasatiempos más importantes, y de acuerdo con él, es lo que le permite expresar sus emociones frente a la vida.

Para mí es una terapia, es pues, para mí es todo, el día que yo no pueda hacer música, sí me muero; por Dios, seguro, por Dios; porque es que la música, nací con ella, pues, desde que mi papá pequeñito, la veía y la oía, y la seguí practicando y ahora es en estos momentos... pues yo no veo televisión, yo me, me pongo a hacer música.

Don Óscar relata cómo desde pequeños, él y sus hermanos aprendieron a tocar instrumentos musicales viendo a su papá:

Pues todos, prácticamente todos, Enrique fue el primero, pero a Enrique ya lo encarrilamos porque Enrique era, —“pise así mijito, pise así, haga esto, este tono, este tono”—, entonces uno ya iba aprendiendo, íbamos aprendiendo entonces ya nosotros nos íbamos como grabando. Y después ya cuando ellos terminaban, nosotros cogíamos eso y nos poníamos a *bobiar* hasta que cuando nos veía papá y nos decía —“venga para acá mijito, venga para acá, siéntese acá mijito, a esto es así y así y así y párele bolas, oiga bien concéntrese mucho, y concéntrese mucho, que el oído le dice todo”— y ahí aprendimos a manejar el oído.



Fotografía: árbol Visual, 2018.

Recuerda cómo lo buscaban para que enseñara a otros este arte y también cómo amenizaba las fiestas en las fincas de Santa Elena.

Óscar de Jesús: Mi papá fue el primer músico de Santa Elena; sí, y como él, pues era el único, entonces venía mucha gente a que le enseñaran, muchos, muchos vecinos desde lejos, desde El Retiro venía una persona a que le enseñara lira. Las canciones ¿cierto? Y uno aprendía ahí viéndolos, viéndolos.

Entrevistadora: y el papá ¿dónde aprendió? ¿Cómo aprendió el papá?

Óscar de Jesús: no sé, nosotros, yo cuándo vi a papá ya tocaba. Lo conocí tocando sí, lo conocimos ya músico. Porque en ese tiempo como no había ni luz ni radio ni nada de esas cosas, entonces la gente, los ricos, digamos en diciembre o en las vacaciones los buscaban mucho para tocar en las fincas, lo buscaban mucho, como eran los únicos músicos, esos finqueros.

Al escuchar los relatos de don Óscar podría decirse que para él y quizás para muchos silletteros de Santa Elena, los vínculos con la familia y con el territorio era todo lo que necesitaban para saber y poder vivir. Los oficios, el sustento e incluso las expresiones artísticas se alimentaron de la conexión entre la familia y la tierra. Que hasta ahora don Óscar crea que no era necesario estudiar, es algo que se deriva precisamente de la prelación de los saberes agrícolas, la importancia que le dio al campo y al conocimiento heredado de sus padres y abuelos.

III

El campo como vida

La plata no se come, ni se comerá, pues no sé, pues más tarde de pronto habrá que comerla, pero por el momento, no se come. Sí porque en una ciudad, una ciudad como Medellín que ya hay tantísima gente, donde no llegue comida a ver qué pasa allá, a ver qué pasaría.

A sus más de setenta años, don Óscar dice con palabras sencillas lo que considera esencial para la vida, y es necesario precisar que es para su vida; pero, además, para la vida en general. Se trata del campo, la agricultura, la capacidad que tiene la tierra de dar vida que sustenta otras vidas. Para don Óscar, el campo es esencial porque “comer es obligación”. Todo ser humano debe comer para subsistir y ello significa proveerse de los frutos que vienen del campo. Él expresa su sorpresa frente a las limitaciones del ingenio humano, que a pesar de poder construir un automóvil no logra inventar una máquina que pueda surtir de hortalizas una mesa. Por eso, para él, el campo es lo primero, el primer paso para que todo lo demás pueda suceder.

Usted ya con dos días de aguantar hambre dice, “vea, mato y como del muerto”, como se dice, pues es que el hambre no tiene remedio, el hambre no se conforma con...ni con pastillitas ni con plata en el bolsillo, ni con cachaco, ni con nada, no, eso no, el hambre no tiene, no tiene. Entonces no veo, no veo, Yo digo, mucha gente hombre, hace muchas cosas bonitas en Medellín, hacen carros, hacen muchas cosas hermosas, muchas, muchas, realmente es admirable lo que hacen. Pero no hay una máquina que

haga las papas, listas ya, o las yucas o las zanahorias, listas que salgan y no es sino abrir la llave y caigan las papas ahí o que le corra un botón y corran las papas y caigan las zanahorias ahí o una lechuga que es como más fácil, no la hay ¿cierto? no la han inventado y el día que una persona invente eso se *papió*, porque es lo único, la comida es indispensable, es obligación, es obligación, ¿cierto? Un sueldo no será obligación, pero la comida sí es obligación, obligación, pobre o rico, pero es obligación; o chiquito o grande, pero es obligación comer. De manera que, hasta que no se inventen una máquina que haga siquiera papas o yucas o plátanos, o que haga alguna cosa de comer, pero que las haga, no que las procese, para procesar hay mucho, para procesar si hay ¿cierto? Procesan papas y procesan todo, pero para ¡hacerlas, hacerlas! no las hay.



Fotografía: árbol Visual, 2018.

Pensar en esta necesidad básica casi siempre lo conduce hasta los problemas y el poco apoyo que reciben los campesinos para subsistir. Nadie responde si el mal tiempo se lleva los cultivos o las cosechas; no hay quien abogue por sus buenas condiciones de salud; a nadie le importa la jubilación de un campesino, quienes ante la imposibilidad de acceder a una pensión se ven en la obligación de trabajar durante la vejez. Su perspectiva del campo es muy negativa y cree que el campo se va a acabar, pues ante ese panorama tan nefasto, los jóvenes no están interesados en seguir la tradición ni en subsistir del cultivo de la tierra:

¿Qué va a pasar? No sé, yo no sé... qué va a pasar, no se sabe que cuando uno ya se muere, ya cambia de dueño, ya como tiene otra idea, ya tumba, tumban, acaban pues, ya el campo no sigue, yo creo que no siga. No creo. Esta semana vinieron mucho y dijeron “muchachos ustedes qué”; el campo qué, pues aquí como no hay, el campo no tiene, el campo es muy mal pagado, realmente y lo he dicho toda la vida y cuando me toca en entrevistas: el campo es muy mal pago, el campo, no tiene seguro de cosecha, no tiene seguro de prestaciones, no tiene seguro de accidentes, no tiene jubilación, aquí no hay prestaciones, aquí no hay nada, el campo no tiene nada, y si el campo no tiene nada, no se queda nadie. En cambio, usted se va para una empresa, tiene las prestaciones, tiene prima, tiene aguinaldo, tiene vacaciones, si se enfermó le pagan y no trabaja y le pagan. Entonces cualquiera arranca para allá. Y reconozco eso, para mi quién se va a quedar aquí, si aquí no hay nada, si aquí no ofrecen nada, el campo no ofrece nada. Si cultivó y le fue bien ¡de buenas!, si le fue mal, vuelva y arranque. Pues cae una granizada y acabó con todo, vuelva y arranque si es capaz. Ahí fue donde mucha gente declinó. Una granizada o una helada y acabó con todo, y

nadie me ayuda; no. Venden la tierra más bien y compran un carro y se van para el parque a manejar allá. ¿Cuántos hay allá?, ¿cuántos hay? Todos son campesinos, la mayoría, vendieron la tierrita y están manejando allá y dizque les va mejor. Eso el campo se acaba, al paso que vamos se acaba y no hay quién trabaje y los viejos que somos muy poquitos ya. Los que estamos trabajando la tierra, somos muy pocos, muy poquitos.

El testimonio de don Óscar puede contarse como de los últimos que definen a un campesino de vocación. Alguien que, con un amor profundo por la tierra, la agricultura, la vida familiar y las tradiciones del campo sigue cultivando hasta los últimos días. Como pocas personas, tiene la convicción que su trabajo vale la pena, porque aunque no venda los productos que siembra sabe que de ellos pueden alimentarse él o los pájaros y ardillas que llegan cada día hasta su casa en busca de un poco de comida.

IV

Conservar la casa y las tradiciones

A esa perspectiva desalentadora en torno al futuro del campo, don Óscar le agrega el sinsabor que le queda al ver la actitud y el comportamiento de los jóvenes de hoy. Como muchas personas de edad avanzada, comprende que los tiempos cambian, pero cree que parte de esos cambios no están bien:

Se han acabado muchas cosas bonitas que lamentablemente ya para recuperarlas está como difícil, es que ya no hay con quién, no hay con quién. Esa gente joven es muy relajada, eso no; la gente joven de ahorita son muy tranquilos, no los incluyo a ustedes, pero los de aquí son muy relajados... no, muy tranquilos, bien bonitos, bien sabroso, pinchaditos y su celularcito; con la ropita bien bonita y si están por ahí sentaditos, están con el celular trabajando ahí y luego se quedan con eso. Se acabó, lamentablemente, yo lamento eso, por mí, los hijos míos vienen aquí, pero vienen de cachaquitos, y no “¿papá cómo está?” “bien, chao” “hasta luego, chao, chao”, lamentablemente, lamentablemente.

Sin embargo, la desesperanza que expresa frente al futuro del campo no es un impedimento para hacer todo lo que esté en sus manos por conservar y transmitir. Don Óscar es generoso con sus saberes y los enseña a quien los busca: nunca le dice que no a una entrevista que le permita contar la historia de los silleteros; y siempre tiene tiempo para vincularse con proyectos comunitarios que busquen el bienestar de todos a través de la cultura. Gracias a

ello ha sido un actor clave en la formulación e implementación del Plan Especial de Salvaguardia de la Manifestación Cultural Silletera.

Su forma de vivir es testimonio del deseo de conservar y transmitir. Siguiendo los consejos de su padre, procuró mantener la huerta y la casa tal y como eran en el pasado:

Papá me decía: “mijo, conserve, conserve, bregue a conservar todo como está mijito y verá qué más tarde va a ver lo bueno, va a ver la diferencia que hay”—. Yo a la casa, casi no le cambio nada, porque es que antes que yo la quisiera más natural, no, es que no le cambio ni el piso, ni el patio, no, dejémosla así, así era antes, la... antes era más sencillo todavía, no ve que ahora es adoquinados, desde por allá muy lejos, *adoquinadito*, muy bonitas las casas, muy organizaditas, muy hermosas, pero yo no estoy con eso, yo sigo mi tradición y lo mismo en el trabajo de la huerta; —“usted porque trabaja así”— Así trabajaba mi papá y mis abuelos, me gusta así, me gusta así y soy feliz así.

Y no sólo ello, su casa está adscrita al programa de Fincas Silleteras de la Corporación de Silleteros de Santa Elena y por lo tanto está disponible para que visitantes y turistas puedan disfrutarla en su magnífica compañía. La casa es, además, el refugio de un museo personal que don Óscar, sin ningún guión museográfico, ha dispuesto de tal manera que se entienda cuáles eran los objetos importantes y para qué servían: tiestos para preparar y almacenar comidas como el *pilón*, la *pucha*, la *cuartilla*, la *jíquera*; utensilios como la piedra para lavar; juguetes tradicionales como trompos y canicas; instrumentos musicales, fotografías, etc. Por eso, al preguntársele cuál es el objeto con mayor valor sentimental respondió:

Esa pregunta está como difícil, yo lo que tengo ahí todo lo valoraría, todo, todo, todo lo que hay ahí. Lo mismo que estos objetos de aquí, todo lo valoraría porque por ahí

pasé yo, y con eso me divertí, y con eso fue que trabajé, de manera que eso lo valoro como si fuera, pues como un trofeo, como un trofeo.

